

jante á la que te debo. No existe en el mundo un marido más favorecido por la suerte que yo. Tanta gracia, tanta belleza y tanta juventud, todo me pertenece. Mi felicidad puedo únicamente compararla con un cuento de hadas, y algunas veces tengo necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que no sueño. Yo mismo no me conozco. Tengo aspiraciones de colegial, y siento renacer las pasiones ardorosas de la juventud.

Una hora más tarde Gabriela estaba sola, rígida y temblorosa, escuchando el ruido de los pasos de su marido que se alejaba.

Con movimientos febriles pasó por su rostro un pañuelo húmedo, como queriendo borrar las señales de las caricias recibidas.

Durante largo tiempo permaneció inmóvil, con la mirada fija y los labios contraídos.

En el momento en que se dirigía á su alcoba oyó un ligero roce de pasos en el corredor, y más lejos, en el fondo, el ruido de una llave.

—¡Pobre Roberto!— pensó Gabriela. —¡También él sufre! Pero él puede buscar alivio á sus penas, y yo no tengo ese derecho.

XV

Al día siguiente un sol hermosísimo prestaba su alegría á un cielo transparente y puro.

Muy alegre y satisfecho el capitán, bajó muy de mañana á las caballerizas para presenciar los preparativos de su paseo con Gabriela.

Mandó ensillar con esmero su caballo alazán, y en seguida dirigió sus atenciones sobre Miss Kate, la yegua favorita de la condesa.

A las siete en punto bajó Gabriela, ya lista para montar, lo que efectuó ayudada por el joven.

También ella estaba alegre y decidida.

Tan pronto como los dos ginetes atravesaron el patio del hotel, pusieron sus caballos al trote.

El general, que al ruido de los caballos se había asomado al balcón, envió á los jóvenes un adiós afectuoso.

La mañana estaba hermosa, el Bosque se veía casi desierto, y únicamente de trecho en trecho se veía atravesar velozmente las avenidas, un conejo que corría á guarecerse en su madriguera.

Gabriela respiraba con placer las brisas aromáticas de la mañana, y su compañero lanzaba, á la par que bocanadas de humo, exclamaciones semejantes.

—¡Qué hermoso día! ¡Mirad, mirad, un conejo que se ha asustado! ¡Miss Kate está hoy de buen humor! ¡Qué manera de bracear!

Gabriela no desplegaba los labios.

Escuchaba y parecía que no comprendía.

Al cabo de diez minutos se volvió brusca-mente hacia Roberto, y le dijo:

—Creo que no sería para decirme tantas ni-miedades para lo que anoche solicitástis tan emocionado, el salir hoy conmigo.

—Seguramente que no—suspiró Roberto.

—Parecéis muy contento. Sin duda son los restos de la felicidad que ésta madrugada, á las tres, habéis aportado del hotel de la calle de Courcelles.

—¡Tan tarde era?

—Eran las dos y cincuenta y algunos minu-tos más.

—¿Cómo lo sabéis?

—No dormía. La mazurca de "Coppelia" me estaba aún dando vueltas en la cabeza. ¿Sa-béis lo que parecíais anoche en la Opera?

—Como vos no me lo digáis. . . .

—Pues parecíais un empleado de agencia funeraria.

—¿Y esta mañana?—preguntó Roberto son-riendo.

—¡Oh! Ahora os parecéis á un general al día siguiente de su primera victoria. A falta de otros méritos, poseéis el de transformaros con mucha facilidad.

—No os burléis y hablemos formalmente. Si estoy alegre es porque estoy solo con vos y porque, por la primera vez desde hace un año, voy á hablaros sin testigos, y porque en fin, hoy voy á hablar con el corazón abierto, á con-taros todo lo que he sufrido, lo que pienso y lo que deseo.

—¿Respecto á la princesa Ivanowska?

—¡Oh! No me habléis de la princesa. Os lo ruego.

—¿Por qué?

—Porque la detesto, ó por lo menos, no tengo para ella los sentimientos que suponéis.

—Entonces sois un ingrato

—No os riais. Lo que tengo que confiaros es muy serio.

—¿Todavía más?

—Se trata de mi reposo, de mi felicidad, de mi vida. . . .

—¿No habrá más? La suma es ya conside-rable.

—Sí. Hay un punto más grave.

—¡Me hacéis temblar!

—¡El honor!

—Comenzáis á poneros lúgubre. Es lástima. Estábais mejor antes. No me gustan esos aires lúgubres ni esas declaraciones trágicas. Hay que guardarlas para los epitafios, y creo que los nuestros no se han encargado aún.

—¡Quién sabe!

—Vamos, esto marcha. ¿Es que nos vamos á ahogar en el lago?

—Hay otras maneras de morir, y yo muero lentamente.

—Nadie lo diría. ¿Y desde cuándo ha comenzado vuestra enfermedad?

—Desde el día de vuestro matrimonio.

—Eso me consuela. Si continuáis así, aún viviréis muchos años; y como, después de todo yo no deseo más que vuestro bien, ya estoy tranquila.

—¿No tenéis piedad!

—Tal vez para mí, pero no para vos. He visto con gran contento que la reputación de la princesa es muy superior á la que la sociedad la habia creado, y que posee en gran cantidad las dosis balsámicas y bienhechoras necesarias para vuestro restablecimiento. Os es á vos más útil que el cielo de Niza ó de las islas Hyeres. Amadla como se merece y no os juzguéis condenado por la ciencia, vos, á quien tantos envidiosos rodean.

—Vuestras ironías me aniquilan y me derrotan. Tenia tantas cosas que deciros, y ya no sé lo que os iba á decir.

—Tanto mejor, pues así me ahorraré el es cucharlas.

—Sin embargo, es preciso que las sepáis. Yo no puedo vivir así.

—Pero, hablando formalmente. ¿Creéis que ignoro lo que me queréis decir?

—¿Es posible?

—Sí. ¿Qué necesidad tenéis de hacer una confesión que no nos conduce á nada? ¿Qué adelantáis con decirme con apasionadas palabras, más ó menos sinceras, el estado de vuestro corazón? ¿que me adoráis, que morís de amor por mí, que estáis loco de celos, que la vida es pa-

ra vos un suplicio infernal; todo eso es mentira. ¿El mal está hecho? pues tened la fuerza de la resignación! ¿Tengo yo la culpa de que hayáis guardado, durante seis meses, un silencio inexplicable? ¿Era yo quien debía arrojar-se á vuestros pies suplicándoos que me devolvíeis mi perdida fortuna? ¿Tengo yo la culpa de que encontráseis en Rusia encantos tan poderosos que os hicieran olvidar al mundo en general y Nantes en particular? ¿Cómo podía sospechar que las galanterías que conmigo teniais—con aire emocionado, os lo concedo—cuando bailábamos, oprimiéndome el talle y las manos, algo más de lo razonable, valian más que las faltas de sinceridad que son la moneda con que se paga una sonrisa ó un favor ligeramente acordado? ¿Qué tengo que reprenderme y qué motivos de queja tenéis vos contra mí?

El general llegó en el momento en que estaba abandonada de todos, humillada por las que habian sido mis inferiores ó mis iguales, y muchas veces mis favorecidas, llegó en uno de esos minutos psicológicos en que me ahogaba en un mar de ironías y desengaños. Me trató con su acostumbrada bondad, cuando los demás me lanzaban piedras y sarcasmos, me ha rehabilitado, me ha tendido su mano, y yo le he dado la mía.

Le pertenezco en virtud de un contrato indisoluble, y ya veis que cumplo sus cláusulas y que apuro el caliz hasta la última gota. ¿Que sufris mil torturas? ¿Pensáis acaso que estoy yo en un lecho de rosas? ¿Creéis que mi alegría no oculta, á veces, las penas de mi corazón? Y puesto que habéis deseado una explica-

ción, vale más que ésta sea franca y completa. Si examináseis los cortinajes de mi cuarto, encontraríais las huellas de mis desgracias, invisibles á otros ojos. He mirado frente á frente á mis obligaciones, y me he resignado con mi suerte. Debo al conde la dicha que toda mujer honrada debe procurar á su marido, y la tendrá aunque para ello tenga que perder mi reposo y mi juventud, y no digo mis ilusiones, porque esas, hace ya mucho tiempo que las he perdido.

—No pensáis lo que decís.

—Vos queréis que tenga ilusiones. ¡Pobre Roberto! Sin duda os fundáis, para tener esta convicción tan absurda, en las indiscretas palabras que se han escapado de mis labios y que juzgáis revelan mis secretos pensamientos. ¿Sabéis de dónde dimanan? Os lo voy á decir: de un mal intencionado deseo que me asalta algunas veces y que, sin quererlo, me obliga á mortificaros, á devolveros un poco del mal que habéis causado—puesto que os empeñáis en creer que me amáis—callando cuando era útil hablar, y adormeciéndoos en las delicias encontradas en Rusia, cuando tan precisa era vuestra presencia en otra parte.

Me alegro yo al saber que también los demás tienen sus puntos negros en el horizonte, y que su cielo no está al abrigo de las tempestades. ¿Qué queréis? Es una malicia, lo confieso; pero haréis mal en creerme perfecta, cuando no lo soy. Os devuelvo el mal por el mal, y seréis injusto si no pensáis que estoy en mi perfecto derecho.

—Sois mejor y valéis más de lo que aparentáis valer.

—Supongámoslo si queréis. Y para terminar: ¿qué me pediríais para probar mi problemática bondad?

Roberto no supo que contestar.

—Ya veis—continuó la condesa—que ni aun os atrevéis á formular un mal pensamiento que nos obligara á cometer una acción indigna. Si yo soy la esposa del conde de Branville, vos sois su hijo adoptivo y le debéis tanto como yo y nuestros deberes son en un todo semejantes. ¡Ah! si os llamáseis el baron de Tresmes ó el vizconde de Saint Remy, tal vez fuérais á los ojos del mundo perdonado por cortejar á la condesa de Branville, la mujer de un general achacosos y cargado de lustos y reumatismos: pero vos, Roberto, su ahijado, su protegido, como yo, por él salvados de la ruina, tenemos obligaciones y deberes que nos colocan en diferente lugar, y siendo ámbos culpables, ámbos seríamos juzgados del mismo modo. Es decir, reprobados por nuestra indigna conducta.

Y como el capitán bajara la cabeza sin responder, Gabriela añadió, tocándole la mano:

—Hé aquí lo que es preciso prever y lo que hay que evitar.

La condesa miró á su compañero de paseo.

Tan abatido estaba Roberto por la verdad de aquella explicación, que Gabriela se arrepintió de su dureza.

Siempre hay un fondo de misericordia infinita en el corazón de todas las mujeres, que verdaderamente merecen este nombre.

—Puesto que—añadió Gabriela con voz emocionada—estamos condenados á vivir bajo el

mismo techo; puesto que sin causar un verdadero disgusto al general y sin hacerle suponer una ingratitud, tan lejana de nuestro pensamiento, no podeis abandonarle, hagamos un pacto para sostenernos mutuamente y allanarnos el camino que nos falta por recorrer. Temo, querido Roberto, que en esta asociación los papeles estén invertidos, y tenga yo que representar el de la encina mientras que vos os contentaréis modestamente con el de la hiedra, que, en buena justicia, debía pertenecerme. Pero ¿cómo un hombre, un soldado, puede tener tan poca fuerza de voluntad?

—Porque os amo y no puedo vivir sin vos.

Gabriela comprendió que hablaba con sinceridad y volvió la cabeza para que Roberto no viese su emoción.

Sin embargo, pronto se repuso y trató de cambiar el giro de la conversación, diciendo:

Tenéis un corazón muy fácil de dividir y muy difícil de satisfacer.

—Comprendo, Gabriela, queréis que os lo confiese todo. Sea. Me pesan más mis dudas que un martirio. Cuando os casásteis, creí que no podría sobrevivir á la pena mortal que sentí. Si me hubieran clavado un puñal en el corazón no hubiera sentido un dolor tan profundo. El honor, ese destestable honor de que me habeis hablado, me ha impedido arrojarlos á vuestros pies y confesaros todo, mi pasión, mi tormento. Siguiendo los consejos de un corazón leal, del de Tresmes, creí que la fuga ofrecía un remedio para mis penas y para los horribles celos que me atormentaban. Y digo horribles, porque, ¿qué es el general para mí! Lo ignoro. Ciertos rumores; anécdotas de guar-

nición, mil circunstancias, insignificantes en apariencia, y cuyo recuerdo trato de evitar, me hacen algunas veces dudar de mi origen. Solicité una orden de partida y me fué concedida como un señalado favor. ¡Estaba decidido á no veros jamás!

Nunca podréis figuraros el tormento sin nombre que pasé la noche anterior á mi marcha. Desde entonces perdí mi alegría. Vos estabais á dos pasos de mi cuarto y... no estabais sola. Víctima de extraña alucinación me parecía oír vuestros sollozos, vuestras quejas; pues á pesar de todo, sabía que me amábais. ¡No digáis que no!

Me amabais, y aquella noche os entregábais á otro. ¡Antes hablabais de valor! ¡Hubiera dado diez años de vida por que me hubiésteis visto aquella noche! ¡Más de veinte veces estuve á punto de saltarme la tapa de los sesos! Con una pistola en la mano, recorría y daba vueltas por mi estancia, como un tigre en su jaula. Todo lo veía color de sangre. Mi exaltación me hacía preguntar si no debía mataros y matarme después. ¡Estaba loco! El sagrado recuerdo de mi pobre madre, y el cariño que tengo al general, me dieron fuerzas para sobrellevar mi dolor. Tan pronto como amaneció, salí del hotel como un ladrón perseguido por la justicia, dirigiéndome á casa de De Tresmes. Allí lloré y esperé la hora de mi marcha. Después... de Tresmes me acompañó al ministerio. Lo demás, ya lo sabéis.

Llegué á San Petersburgo enfermo, fascinado por vuestra belleza, que siempre tenía ante mí; quise olvidaros y me acogí como á una tabla de salvación, á la amistad ó al amor con

que la princesa me brindó desde el primer día que nos vimos. Tan profunda era la pena que me embargaba, que la princesa tuvo compasión de mí. No la oculté mis penas, al contrario, pero díjesele arreglándolo á mi conveniencia, engañándola, diciendo que había amado con locura á una mujer, pero que aquel amor no podía verse correspondido. No la dije la causa, y la princesa creyó en la muerte de aquella mujer, cuyo recuerdo era la causa de mi tristeza y de mi carácter sombrío. Sin duda, pensó que llegaría á amarla cuando lograse desear la melancolía que me embargaba.

Hice todo cuanto pude para olvidaros y no lo logré. En vano trataba de distraerme frecuentando los salones. No podeis comprender la vitalidad de un amor como el mío. Cuanto más trabajaba para olvidarle, le sentía más persistente en mi corazón.

Al lado de la princesa, vuestro recuerdo me impedía dar persuasión á mis palabras de amor. Tal vez los primeros días pudo figurarse que la amaba, pero hace ya tiempo que debe suponer la verdad. Las miradas que os ha dirigido me hacen temer que ha penetrado el secreto de mis sentimientos.

Bien pronto, hastiado de todo, renació en mí un deseo irresistible de veros.

Me engañaba al creer que las bondades del general y la felicidad de vivir cerca de vos, extinguirían la llama que abrasaba todo mi ser.

Pero desde el primer momento en que os volví á ver, comprendí que no conocía mi valor y no he podido resistir más tiempo.

Ya no me queda más que un medio de sal-

vación. Marcharme otra vez, aunque no pueda explicar la causa al general, ni sepa donde ir. Seguramente lo haré, pero al menos, antes de mi partida os habré dicho toda la verdad. Quiero que sepáis que mi alma entera os pertenece y que ninguna otra mujer podrá hacerme olvidaros. Si hubiera guerra iría á hacerme matar: este es el solo medio, el único y honroso partido que se me presenta.

Todo cuanto me oprimía y pesaba, os lo he dicho. Me despreciaréis tal vez, pero me resigno á todos los males con tal de que sepais que nada puede apartarme de vos, y que de cerca ó de lejos seré siempre vuestro.

La condesa había escuchado las palabras del jóven con silenciosa atención.

Roberto aguardaba la respuesta con el corazón oprimido.

Gabriela tuvo un instante de duda: entreabriéronse sus labios, tal vez para contestar con una frase irónica ó para hacer una declaración; volviéronse á cerrar.

—Después de declaración semejante hay necesidad de respirar—dijo, pero poniendo su caballo al galope.

No teneis compasión—añadió.—¿No tengo ya bastante con mis penas, que aun me confiais las vuestras? Seguidme.

El Bosque aparecía aquella mañana con todo el esplendor de la naturaleza.

El invierno le dá tristeza, el verano polvo, y el mes de abril incomparables atractivos.

La condesa reflexionaba. Buscaba el medio de conciliar el respeto que debía á su marido, con la compasión que experimentaba por aquel amor tan ardiente, y al cual no era insensible.

Cuando llegaron al hipódromo de Long-champs, la condesa sujetó su yegua y continuó la conversación en el punto donde la había dejado.

— Querido Roberto—dijo—exageráis las cosas á vuestro modo, y yo no puedo participar de vuestra exaltación. Veo la vida tal cuales, prosáica y monótona, y quiero que penseis como yo. Vuestra educación hay que volverla á empezar. ¿Queréis confiarme ese cuidado? Os prometo no ser severa. Por lo pronto no os marchais, lo que es ya un beneficio para vos, pues así podreis proporcionaros la dicha de contemplar vuestro ídolo, vivir cerca de él y hablarle cuando os parezca. No os prohibo que me toméis por confidente. Uno y otro tenemos penas, confiándonoslas, las atenuaremos. Yo no tendré celos de la princesa, que tiene el derecho de amaros, y vos no los tendréis de mi marido, á quien ninguno de nosotros tiene el derecho de aborrecer. Si esta alianza es de vuestro agrado, dadme la mano en señal de conformidad. Si no podéis resolveros á aceptarla, marchaos, idos á la extremidad de las Indias ó al Japon. Los primeros días os creereis inconsolable; seis semanas después ya no recordaréis ni la calle de Courcelles ni á los que la habitan. ¡Vos podéis ser dichoso! Sois libre y podéis amar á quien queráis.

Gabriela tendió su mano á Roberto, quien la estrechó con fuerza entre las suyas, y mirando á la condesa con pasión, murmuró esta sola palabra.

—¡Acepto!

XVI

El cambio de carácter que se operó en Roberto desde el día de su paseo con la condesa, fué radical.

Volvió á ser el alegre y decidor oficial de otros tiempos, pero siempre un fondo de gravedad intermitente indica al hombre de talento, bajo aquella apariencia frívola y risueña.

Pasaba las mañanas ocupado en sus estudios, ó bien despachando con el general, que tenía á su cargo el mando de tropas de París.

Las noches las repartía entre el hotel de la avenida de Antin y el teatro; pero todos los días consagraba dos ó tres horas á Gabriela, con quien conferenciaba, ó mejor dicho, de quien solicitaba consejos.

Pocas mujeres en París se veían tan aduladas como la condesa.

El vizconde Palamede seguía guardándola sus atenciones. Pretendía que siempre es con-

veniente el sembrar galanterías en el campo femenino y esperar con paciencia la recolección.

Bien recibido por el general, que apreciaba su talento ligero y práctico á la vez, frecuentaba sus salones y sostenía con Gabriela largas conversaciones, destinadas única y exclusivamente á matar el tiempo.

De aquellas relaciones resultó que la condesa sentía por Saint Remy una verdadera y sincera amistad, á la par que el vizconde sentía por ella un afectuoso respeto.

Más al corriente que el vizconde, de las interioridades del hotel, el señor de Tresmes dirigía rara vez la palabra á la condesa.

Hacía compañía al general, á quien quería sinceramente, y era su adversario en el ajedrez ó en el bezigue.

Sus partidas eran interminables y cuando el teniente, por obligaciones del servicio, tenía que ausentarse, el general no se creía completo. Le faltaba algo.

Todo marchaba bien, al menos en apariencia.

Sin embargo, una sola chispa bastaba para reanimar aquellos fuegos casi amortiguados.

Y un extranjero fué el encargado de lanzarla.

Formaba parte de los más asiduos concurrentes de la princesa Constanza, un español, agregado anteriormente á la embajada de España en Rusia y más tarde, á la sazón, trasladado á la de París.

Joven, inmensamente rico, noble, más patriense que español—había nacido y sido educado en París—mezcla de Fígaro y Almaviva,

Fígaro por el talento, y Almaviva por sus maneras, acostumbrado á las conquistas fáciles, no juzgando difícil ninguna, el marqués de Riozares se habfa encaprichado cuando la conoció en San Petersburgo, de la princesa, como por anticipación lo estaba de todas las mujeres hermosas.

Durante largo tiempo habíala perseguido con galanterías, cartas extravagantes, versos ridículos y demostraciones comprometedoras, de las cuales la princesa se habfa salvado no sin trabajo.

Aquel tenorio tenía una figura gallarda y seductora. Poseía abundantes y sedosos cabellos oscuros, fino bigote, mucho talento y sobre todo, un aplomo imperturbable y una confianza de sí propio, que en otro haría chocar, pero perdonable en él por su buena fé, por la sinceridad de su orgullo y principalmente por su noble origen.

Riozares era magnánimo y generoso por demás.

Tanto le hablaron de la condesa de Braville en los salones de la princesa, que se imaginó estar perdidamente enamorado de ella, y sin ruido armó sus baterías, trazó su plan de campaña y se dispuso á conquistar aquella Girconda amorosa.

La expedición tenía muchas dificultades.

Primeramente, no visitaba á la condesa, á quien apenas conocía. Tampoco trataba al general, y por último, debía causar algun recelo á Gabriela, si ésta sabía su intimidad con la princesa.

Un baile en el Eliseo le presentó la ocasión que buscaba.

Hizose presentar por Saint Remy á la condesa y bailó con ella parte de la noche.

El tiempo restante le empleó diestramente con el general en algunas partidas de whist. Naturalmente, el general quedó encantado de su conversación y manifestó deseos de verle en el hotel de la calle de Courcelles.

Desde entonces, en todas partes se le vió dirigir sus homenajes á la condesa y dar cordiales apretones de manos al general.

Todos los días Gabriela le encontraba en el Bosque, y á su pesar se interesó por aquel diplomático cuyas ardientes miradas éranla completamente indiferentes, á más de que estaba dispuesta á reirse de la aventura.

Un día que Gabriela iba sola en su carruaje, el marqués de Riozares arrojó al coche un ramito de violetas, que cayó sobre las rodillas de Gabriela.

—Aceptadle—dijo el marqués—os lo suplico, por caridad.

El perfume de las violetas era tan fresco, que Gabriela, accediendo á las súplicas del marqués, prendió el bouquet en su talle.

Por la noche al vestirse, no acordándose ya del ramo, le arrojó á un rincón.

A la mañana siguiente, Rosa la preguntó: —¿La señora tenía ayer en paseo un bouquet de violetas?

—¿Un bouquet? Es posible.

—¿La señora le arrojó después á un rincón?

—¿Pero qué quieres decirme con todo eso?

—Como las violetas eran muy hermosas, las cogí y me las he guardado.

—Vamos, déjame en paz con tus tonterías.

—¿Ha sido un señor quien ha dado esas flores á la señora?

La condesa miró á la doncella con aire sorprendido.

—Sí. ¿Pero á qué viene todo eso?

—Las violetas contenían un papel.

—¡Ah!

—La gentil camarera tendió á su dueña un papel perfumado, que contenía una declaración amorosa en verso.

Gabriela los leyó en alta voz, mientras que Rosa trataba de alejarse por discreción.

—No te vayas—dijo la condesa—no tengo secretos para nadie. Quisiera saber quién ha tenido la audacia de escribirme tales insolencias.

—Si la señora lo permite, le diré el nombre del criminal. Ha sido el marqués de Riozares.

—¿En qué lo has conocido?

—En el perfume del papel que es el que usa para sus pañuelos. Además, la señora le encontró en paseo.

—¿Es verdad! Ya no recordaba quién me había dado esas ridículas violetas. Me las dió en la Avenida, delante de todo el mundo. ¡Hubiera estado bueno que por casualidad hubiera caído ese billetito en manos indiscretas.

—Se venderán y se regalarán tantas violetas al cabo del día, que no tiene nada de particular. Además, el señor de Riozares tiene mucho talento, y no lo habría hecho.

—¿De modo que, según tú, el señor de Riozares tiene mucho talento?

—¡Oh! Sí, señora.

—Y tal vez te parece muy guapo, ¿no es verdad?

Rosa se mordió los labios y se puso encarnada como una amapola.

—No sé... —murmuró Rosa. —No es feo... y luego es tan alegre. Siempre está riendo.

—Dejemos esta cuestión y dime qué debo hacer. ¿Enviarle el billete? No puedo. ¿Arrojárselo á la cara? Es muy grave.

—La señora no debía enfadarse. ¿Qué mal hay en dedicar unos versos á una señora? ¡Y luego es tan amable el señor de Riozares!

—Hoy le devolveré su billete roto en mil pedazos, para que comprenda el caso que yo hago de sus tonterías. ¡Y mientras tanto Rosa, como si no hubiera pasado nada!

Rosa tenía verdadera adoración por su señora, y se hubiera dejado cortar en pedazos, antes que cometer la menor indiscreción.

Por su parte, la condesa nada tenía que temer de esta aventura. El marqués la divertía y no turbaba su tranquilidad.

Cuando pasó su primera sorpresa, se entretenió con Rosa sobre el aturdido marqués, y para terminar la aventura salió á dar un paseo á caballo con el general, abrigando la esperanza de encontrarse con el español.

No se equivocaba Gabriela.

Pronto vió al marqués, caballero en uno de esos fogosos caballos andaluces de paso cadencioso y elegante.

—Querido marqués—dijo Gabriela,—ayer me han leído unos versos vuestros. No os conocía ese talento. Si les cantáis vos mismo, serían doblemente ridículos.

—¡Encantador! Burlas de mí. ¡En este momento soy el hombre más dichoso del mundo!

—¿También hacéis versos, marqués?—preguntó el general.

—Algunas veces. Es un talento que suele verme alabanzas como las que acabáis de oír.

—Según tengo entendido—dijo Gabriela en tono de burla.—la princesa Ivanowska posee gran número de poesías vuestras.

A pesar de su sangre fría, el marqués no pudo dominar su despecho.

Atribuía á Roberto aquella indiscreción de la condesa y comenzó á idear una venganza contra el joven ayudante.

Cabalgando al lado de la condesa, Riozares se preguntaba cómo llevaría acabo su proyecto, cuando una circunstancia inesperada le sacó de sus reflexiones.

Al cruzar una de las avenidas, varios ginetes que venían en sentido contrario, al trote largo, asustaron á los caballos y por poco si derriban al general.

Aquellos caballeros, que tan de improviso llegaban, eran de Tresmes, Saint-Remy y Pontis acompañados de varios amigos.

Gabriela lanzó un grito y perdiendo el equilibrio iba á caer, cuando Roberto, con una ligereza que haría honor á un artista ecuestre, la sostuvo por el talle librándola de una peligrosa caída.

La joven le dió las gracias dirigiéndole una expresiva mirada, cuya pasión no dejó de notar el marqués.

Todos los celosos están dotados de superior penetración.

—¿A que la condesita—pensó el español,—se muestra tan discolpa porque ya tiene quien la agrade?

Por la noche, estando Riozares en el hotel de la princesa, uno de los contertulios decía hablando de Roberto:

—Es el tipo perfecto del soldado de buena fortuna.

El marqués miró á la princesa con aire misterioso.

—¡De buena fortuna!—observó.

La princesa se estremeció.

—¿Qué queréis dar á entender con esas incoherencias?

—Querida princesa—contestó Riozares—seguramente es tener buena fortuna el verse amado de vos, pero en París son necesarias muchas conquistas para que un hombre, aunque sea el oficial mas gallardo de todo el ejército francés, merezca esa calificación.

—Según os explicáis, el capitán es un conquistador irresistible, ¿no es cierto?

—Estoy perplejo, pues quisiera contestaros según vuestros deseos.

—Dejaos de galanterías. ¿Qué os han contado?

—Nada.

—Entonces, ¿qué habéis visto?

—Poca cosa.

—No estáis hoy muy galante.

—Observo siempre una máxima que me he trazado, y de la cual nunca me aparto.

—No os conocía ninguna. ¿Cuál es?

—Devolver mal por mal.

—¿Y qué mal os he hecho?

—El no hacerme ningún bien. He llamado á las puertas de vuestro corazón, y me habéis dejado en la calle. Habéis puesto el mío sobre el fuego, y se ha tostado sobre las ascuas.

—Os quejáis, querido marqués, como si os desollaran vivo. Vos habláis de conquistas y tenéis tantas á vuestro pasivo, que podríais venderlas. Todo se sabe, señor Tenorio, y vos no os dejaríais tostar heroicamente sin probar ántes esos amores fáciles, á los que sé que os prestáis muy gustoso.

—No niego mis culpas—contestó el marqués—pero supongo, encantadora princesa, que no querréis condenarme á perpetua y menástica austeridad. Esas distracciones me permiten aguardar la realización de mis ensueños, que vos conocéis.

Yo deseo un amor único, franco, inefable, un amor eterno, pero que vos fuérais el objeto de mi adoración. Os lo he confesado con toda la delicadeza y persuasivas fórmulas que ponen á mi alcance los diez años que llevo en la carrera diplomática. Os he perseguido con mis súplicas, y aunque con dulzura, he sido rechazado. Después, la razón ha venido en mi ayuda, y con ella nuevos deseos de los cuales forman parte esas fáciles conquistas que me censuráis. Dejé entonces de perseguiros, pero no de ser vuestro amigo. Ahora bien, por una casualidad inexplicable, encuentro—y me humilla el confesarlo—que mi nuevo ídolo me desdeña exactamente lo mismo que vos. Hay otra coincidencia aún más extraña, y es que el obstáculo que hace inútiles mis asiduidades, es el mismo que me cerró, no las puertas de vuestros salones, sino las de vuestro corazón.

La princesa comprendió la indirecta.

Un vivo sufrimiento se apoderó de su corazón, mas su pálido rostro no se inmuyó y con-

servó la rígida inflexibilidad de las nieves de su país.

—Reasumiendo vuestras indirectas, hay que comprender que la mujer á quien ahora queréis, ama á Roberto, como suponéis que yo le amo. ¿No es eso?

—Soy caballero y no he designado á nadie ni puedo afirmar lo que no hago más que suponer. Si no me detuviese ninguna promesa, y si cambiasen mis sospechas en infalibles verdades, me impondría una obligación supliendo la insuficiencia de vuestra policía y demostrándos que hasta los más sabios, tienen siempre mucho que aprender. ¿Cuánto me valdrán mis informes?

—Lo que valgan. Desde cincuenta céntimos hasta cincuenta francos.

—Lo mismo que en las agencias.

—¡Oh! No es dinero lo que deseo. ¡Es algo mejor!

—¿El qué?

—Que me reservéis en vuestro corazón un sitio para el caso de que terminéis con Roberto. ¡Ah! ¡Si vos me hubiéseis dado la más mínima esperanza, me hubiera antes matado á vuestros pies que hacer la limosna de mi dinero á todas esas queridas que me echáis en cara. ¡Mi corazón os espera! ¡No lo he entregado todavía!

Y el marqués salió de la estancia rechazando con un gesto desesperado, la mano que le tendía la princesa.

Esta le siguió con la vista hasta que desapareció del salón.

—¡Comedia! —murmuró después de una pausa. —No piensa una palabra de lo que ha dicho.

XVII

Cuando Luis XII, el 7 de Agosto de 1514, se casó á la edad de cincuenta y tres años con la hermosa y joven Maria de Inglaterra, que no tenía más que diez y seis, no pudo resistir más que ciento cuarenta y cinco días los placeres y fatigas de su nueva vida.

De más edad que el príncipe y teniendo á su pasivo muchas campañas, el general no soportaba impunemente los excesos que le facilitaba la complaciente resignación de la condesa.

Gabriela no amaba á su marido, y el amor es una invencible necesidad de nuestra naturaleza.

Si hubiera tenido á quien acariciar, á quien amar, no habría pensado en el amor de los sentidos; pero Dios le había negado esta protección suprema.

Una viva turbación que trataba de disimular en vano, se había apoderado de su sér desde el día en que escuchó la declaración de Roberto.

Para olvidar, la entró la fiebre de las diversiones, haciéndose acompañar á ellas por el general.

El conde sufría algunas veces por esa tiranía, pero una mirada, una caricia, bastaban para que se considerase plenamente satisfecho y volvía á su casa contento y feliz por los triunfos y admiraciones de que Gabriela era objeto.

Cuando recibían, los salones del hotel de Branville se llenaban de una corte que hubiera eclipsado á la de algun principillo del *Almanaque de Gotha*.

Formaban parte de los invitados Saint Remy, siempre mordaz y extravagante, de Tresmes, el infatigable adversario en el juego, del general y Riozares, agregado al cuartel de la condesa y confiando alcanzar un día los favores de tan adorable deidad.

Roberto, que pasaba parte del día con la condesa, asistía pocas veces á aquellas reuniones, pues no se atrevía á cesar de repente sus relaciones con la princesa.

Gabriela sufría por estas ausencias.

Una noche, sin embargo, Roberto estaba presente.

La princesa estaba invitada á un banquete dado en la embajada rusa en honor de un miembro de la familia imperial que se encontraba en París.

En una mesa de juego, en el hotel de la calle de Courcelles, jugaban al *whist*, de Tresmes, Saint Remy, el general y un consejero del Tribunal de Cuentas.

Gabriela, sentada al piano, tocaba un nocturno de Doheler.

Riozares, de pie cerca de ella, volvía las páginas y se aprovechaba de esto para dirigirla apasionadas miradas.

El capitán, taciturno é inquieto, les observaba desde un sillón, cerca de la chimenea.

Cuando Gabriela hubo terminado su nocturno, el marqués ocupó su sitio y dejó correr sus dedos, lijeros como pluma, sobre el teclado.

La condesa, apoyada en el piano, le escuchaba.

Excelente pianista, el español estaba á la vez dotado de una voz fluida, armoniosa y simpática.

—¿Qué es lo que nos vais á cantar, querido marqués?—Le preguntó Gabriela.

—No hableis en plural. Yo no canto más que para vos.

—No quiero privar al público de vuestra hermosa voz. ¿Qué vais á cantar?

—El público ni me importa ni le importo, pero tengo que advertiros que os vais á burlar otra vez de mis versos.

—¿Es obra vuestra lo que voy á oír?

—Sí. Es una de mis composiciones dedicada á vos que tanto os burlais de ellas. Sed indulgente.

El marqués preludió una melodía y con exagerado y cadencioso compás cantó un soneto ó más propio, una declaración amorosa.

—¡Letra y música del marqués de Riozares!—dijo la condesa con alegre acento dirigiéndose al sitio ocupado por los jugadores.—Ya se reconoce por algunas licencias de dudoso gusto.

—Hay que perdonarme,—objetó el marqués.—El amor me ha pervertido.

En la mesa de juego, el general decía á Saint-Remy.

—Mi querido vizconde, aquí tenéis los veintidos francos que os debo.

Roberto no perdía de vista las evoluciones del marqués y de la condesa y en su interior juzgaba al marqués demasiado audaz y á Gabriela demasiado coqueta.

—La princesa tenía razón.—Repetía en voz baja.—¡Si no soy yo, será otro! Más pronto ó más tarde Gabriela sucumbirá.

Y aborrecía al marqués como al más temible de los rivales.

Los jugadores habían terminado la partida y escuchaban distraídamente los aires y canciones más en boga que Riozares interpretaba en el piano.

—¿Parece que estais furioso?—dijo Gabriela á Roberto.—¿No os agrada la música del marqués?

—Al contrario.

Y dirigiéndose al pianista que libraba una encarnizada batalla contra las teclas que saltaban bajo la presión de sus dedos:

—Señor marqués, todos deseamos escuchar por segunda vez, la melodía que habeis cantado á la condesa.

—Estoy dispuesto á repetirla tantas veces como la condesa lo desee, pero dudo que tenga en tan alta estima mis méritos de compositor, para someterles dos veces á la misma prueba.

Riozares lanzó una mirada interrogativa á la condesa.

—Creo,—dijo Gabriela,—que todos estos señores oirían con agrado vuestra composición.

Aquella intriga servía á Gabriela de distracción.

—Segunda estrofa,—murmuró Riozares al oído de Gabriela.

Y con el mismo énfasis que la primera vez cantó la segunda parte de su composición.

—¿Quién es el autor?—preguntó Saint-Remy, cuando terminó el marqués.

—¡Vuestro humilde servidor! Es una traducción del ruso que yo dediqué, sin éxito ninguno á la princesa Ivanow ka.

—¡Bravo, marqués!—dijo el general.—Reunís todos los talentos á la vez. ¡Compositor y cantante! ¡Oh! si quisierais, cuantos éxitos y conquistas...

—Os equivocais, mi general. Algunas veces he conseguido que las mujeres se rían de mí, pero aun no he logrado que me amen.

—Pero, querido marqués—objetó Saint-Remy,—¿cómo queréis que una mujer sería tenga confianza en vuestros juramentos, si cada día os encuentra con una nueva mundana...

—No lo niego; pero al menos reparo mis faltas con limosnas, y mi conciencia está tranquila.

La conversación continuó sobre el mismo tema hasta las doce, hora en que comenzaron á retirarse los invitados.

—¡Buenas noches capitán!—dijo el marqués tendiendo su mano á Roberto, quien la estrechó afectuosamente.

Aquellos saludos afectuosos eran mentira, pues en el fondo se detestaban mutuamente.

¿No es cierto que las cosas pasan muy á menudo de este modo?